

JOHN KEATS: *Oda a un ruiseñor*

Me duele el corazón y un pesado letargo
aflige mis sentidos, cual si hubiera bebido
cicuta o apurado algún fuerte narcótico
ahora mismo, y me hundiese en el Leteo;
y esto no es porque sienta envidia de tu suerte,
sino porque feliz me siento con tu dicha,
cuando, ligera dríde alada de los árboles,
en algún melodioso lugar
de verdes hayas e innumerables sombras,
a plena voz le cantas al estío.

¡Oh! ¡Quién me diera un sorbo de vino, largo
tiempo enfriado en la tierra profunda,
que supiera a Flora y a los campos verdes,
a danza y canción provenzal y a soleada alegría!
¡Oh! ¡Quién un vaso me diera del Sur cálido,
lleno de la mismísima ruborosa Hipocrene,
con bullir en su borde de enlazadas burbujas
y mi boca de púrpura teñida;
beber y, sin ser visto, abandonar el mundo
y perderme contigo en las sombras del bosque!

A lo lejos perderme, deshacerme, y olvidar
lo que entre las hojas no supiste nunca:
la fatiga, la fiebre y la inquietud,
aquí donde los hombres tan solo se lamentan
y sacude el temblor postreras canas tristes;
donde crecen los jóvenes como espectros y
mueren;
donde aun el pensamiento se llena de tristeza
y de desesperanzas, donde ni la Belleza puede
salvaguardar sus ojos luminosos
por los que el nuevo amor perece sin mañana.

¡Lejos! ¡Muy lejos! He de volar hacia ti,
no en el carro de Baco y con sus leopardos,
sino en las invisibles alas de la Poesía,
aunque torpe y confusa se retrase mi mente:
¡Ya estoy contigo! Tierna es la noche
y tal vez en su trono esté la Luna Reina
circundada de mágicas estrellas;
pero aquí no hay luces
salvo las que exhala el cielo con sus brisas
cruzando el oscuro verdor y veredas de musgo.

No puedo ver qué flores hay a mis pies
ni el blanco incienso suspendido en las ramas,
pero en la embalsamada oscuridad presiento
cada uno de los dones con los que la estación
dota a la hierba, los árboles silvestres, la
espesura:

pastoril eglantina y blanco espino,
violetas marcesibles recubiertas de hojas
y el primer nuevo brote de mediados de mayo,
la rosa del almizcle rociada de vino,
morada rumorosa de moscas en verano.

A oscuras escucho; y tantas veces
casi me enamoré de la apacible Muerte
invocándola con ternura en versos meditados,
para que disipara en el aire mi aliento tranquilo.
Ahora más que nunca morir parece dulce,
dejar de existir sin pena a medianoche,
¡mientras se te derrama afuera el alma
en semejante éxtasis!
Cantarías aún, mas ya no te oiría:
para tu canto fúnebre sería tierra y hierba.

Pero tú no naciste para la muerte, ¡oh, pájaro
inmortal!

No habrá gentes hambrientas que te humillen;
la voz que oigo esta noche pasajera, fue oída
en otros tiempos por reyes y bufones:
tal vez fuera este mismo canto el que una senda
encontró en el triste corazón de Ruth, cuando
enferma de añoranza, se sumía en el llanto
rodeada de trigos extranjeros,
el mismo que hechizara a menudo los mágicos
ventanales, abiertos sobre espumas de mares
azarosos, en tierras de hadas y de olvido.

¡De olvido! Esa palabra, como campana, dobla
y me aleja de ti, hacia mis soledades.

¡Adiós! La fantasía no consigue engañarnos
tanto

como su fama reza, duende falaz.

¡Adiós, adiós! Doliente, ya tu himno se apaga
más allá de esos prados, sobre el callado arroyo,
por encima del monte, y luego se sepulta
entre avenidas del vecino valle.

¿Ha sido una visión o he soñado despierto?
Se fue ya aquella música. ¿Estoy despierto o
duermo?

JOHN KEATS: *Ode to a Nightingale*

My heart aches, and a drowsy numbness pains
My sense, as though of hemlock I had drunk,
Or emptied some dull opiate to the drains
One minute past, and Lethe-wards had sunk:
'Tis not through envy of thy happy lot,
But being too happy in thine happiness,—
That thou, light-winged Dryad of the trees,
In some melodious plot
Of beechen green, and shadows numberless,
Singest of summer in full-throated ease.

O, for a draught of vintage! that hath been
Cool'd a long age in the deep-delved earth,
Tasting of Flora and the country green,
Dance, and Provencal song, and sunburnt
mirth!
O for a beaker full of the warm South,
Full of the true, the blushful Hippocrene,
With beaded bubbles winking at the brim,
And purple-stained mouth;
That I might drink, and leave the world
unseen,
And with thee fade away into the forest dim:

Fade far away, dissolve, and quite forget
What thou among the leaves hast never
known,
The weariness, the fever, and the fret
Here, where men sit and hear each other
groan;
Where palsy shakes a few, sad, last gray hairs,
Where youth grows pale, and spectre-thin, and
dies;
Where but to think is to be full of sorrow
And leaden-eyed despairs,
Where Beauty cannot keep her lustrous eyes,
Or new Love pine at them beyond to-morrow.

Away! away! for I will fly to thee,
Not charioted by Bacchus and his pards,
But on the viewless wings of Poesy,
Though the dull brain perplexes and retards:
Already with thee! tender is the night,
And haply the Queen-Moon is on her throne,
Cluster'd around by all her starry Fays;
But here there is no light,
Save what from heaven is with the breezes
blown
Through verdurous glooms and winding mossy
ways.

I cannot see what flowers are at my feet,
Nor what soft incense hangs upon the boughs,
But, in embalmed darkness, guess each sweet
Wherewith the seasonable month endows
The grass, the thicket, and the fruit-tree wild;
White hawthorn, and the pastoral eglantine;
Fast fading violets cover'd up in leaves;
And mid-May's eldest child,
The coming musk-rose, full of dewy wine,
The murmurous haunt of flies on summer eves.

Darkling I listen; and, for many a time
I have been half in love with easeful Death,
Call'd him soft names in many a mused rhyme,
To take into the air my quiet breath;
Now more than ever seems it rich to die,
To cease upon the midnight with no pain,
While thou art pouring forth thy soul abroad
In such an ecstasy!
Still wouldst thou sing, and I have ears in vain—

To thy high requiem become a sod.

Thou wast not born for death, immortal Bird!
No hungry generations tread thee down;
The voice I hear this passing night was heard
In ancient days by emperor and clown:
Perhaps the self-same song that found a path
Through the sad heart of Ruth, when, sick for
home,
She stood in tears amid the alien corn;
The same that oft-times hath
Charm'd magic casements, opening on the
foam
Of perilous seas, in faery lands forlorn.

Forlorn! the very word is like a bell
To toll me back from thee to my sole self!
Adieu! the fancy cannot cheat so well
As she is fam'd to do, deceiving elf.
Adieu! adieu! thy plaintive anthem fades
Past the near meadows, over the still stream,
Up the hill-side; and now 'tis buried deep
In the next valley-glades:
Was it a vision, or a waking dream?
Fled is that music:—Do I wake or sleep?